

EL PRADO EN LLAMAS

Luis de Lucas

EL PRADO EN LLAMAS

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: noviembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis de Lucas

ISBN: 978-84-128538-8-9

ISBN digital: 978-84-128538-9-6

Depósito legal: M-24779-2024

Ediciones Áltera

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

A mi querida hija María, inspiradora de todo lo bello.

1

Mi nombre es Yoel Ben Ami, que significa enviado. Así me vio mi padre, errante polaco sefardí, cuando mis ojos se abrieron por primera vez en la ciudad de Toledo. Allí se forjó mi amistad con Pablo Moradas, de quien voy a contar la historia. Él tenía tres años cuando yo acababa de nacer.

Incluso muerto, el que todo lo sabe ha dispuesto que vuelva a relacionarme con Pablo: quizá la firmeza y constancia de nuestro afecto le ha llevado a obrar de esta manera excepcional, como también lo fue que permitiera a sus vicarios en la tierra que yo, siendo judío, apadrinase a Myriam, su única hija, y darle el nombre de mi madre, fallecida el mismo día que ella nació.

De nuevo en poder de los sensores de los sentidos veo, con nueva claridad, que la vida entera es una realidad única a la que ya pocos llaman milagro, siendo tan evidente que lo es. Pero, Pablo, si estas palabras llegan a ti salvando la infinita distancia que nos separa, será la señal inequívoca de haber iniciado un insólito encuentro; porque, como es fácil suponer, además de no estar sometido al espacio y al tiempo, tampoco dispongo de pluma ni de papel.

Sea cual fuere el extraordinario medio por el que me puedas escuchar, sé que debo procurar una proeza mayor: intentar despejar la densa nube que en tu mundo impide que los hombres se entiendan.

Empiezo. Este relato va también para vosotros, hombres y mujeres, por si algún día llegara impreso a vuestros ojos.

2

Amanece en Madrid un claro y sereno día de otoño. Nada ni nadie presagia lo que hoy va a suceder. Es jueves, 21 de noviembre. Después de una larga noche en vela, el arquitecto Pablo Moradas se dirige apresurado a una copistería, antes de ir al ayuntamiento.

Viste grueso pantalón de pana beige, chaqueta cheviot, camisa blanca de algodón fino y un pen drive por corbata. Pero no quiero, mis posibles lectores, que confundáis a mi amigo con uno de esos tipos extraños que se dieron una vez que se agotó la posmodernidad; nadie más opuesto a estos eficientes ejecutivos mediáticos de última generación, con tan poca alma. Cumplidos los cincuenta, Pablo Moradas es de porte mediano y constitución recia; pelo oscuro, barba cerrada y bien recortada; ojos negros, con una mirada entreverada de apasionamiento y tristeza. Heterodoxo: piadoso en su juventud, un día le dijo a su Dios: «¡No puedo creer en ti mientras permitas que mueran de miseria treinta mil niños cada día!». Algo que revela la herida que en él causa el mal ajeno, reflejo inconsciente de su propio dolor.

Introspectivo y soñador, Pablo Moradas busca desde entonces, con cierto toque de poeta, el consuelo de la belleza ideal; la persigue con anhelo, como ciego enamorado y rara vez correspondido.

Siempre amigos y durante muchos años colaboradores, Pablo y yo compartimos la angustia que conoce cualquier persona llamada al oficio del arte; soportamos la insidia y la envidia, que proliferan más que la lealtad entre quienes dicen dedicarse a esta labor; sufrimos las penurias de los malos tiempos y, lo que es peor, el éxito mundano, siempre frágil y azaroso.

Después de tanto tiempo resistiendo, una aguda crisis inmobiliaria consiguió disociarnos. Mi corazón, sin pedir permiso, decidió mandarme de un infarto al otro mundo. Y aquí recibo el encargo de narrar esta crónica, porque, según me indican, los muertos, sin fatiga, también trabajamos. El resultado de mi empeño solo Dios lo sabe.

Os diré algo esencial y ya inevitable: que en vida fui formado como arquitecto de vanguardia hasta en la más recóndita de mis neuronas. Y, aunque con gran esfuerzo, logré librarme de tan estéril instrucción, quizá esa tenaz tendencia me siga afectando y se note en el modo de narrar. Frases desestructuradas, deconstruidas ideas, trama sin unidad... A lo que se suma, en una mezcla extraña, el influjo persistente del poeta Calderón.

Visto lo visto, espero al menos salvar la belleza de mi nuevo encargo, de cuyo alcance, como tantas veces me ocurrió en vida, desconozco casi todo. Conozco los hechos y muchas de las intenciones. No pretendo ser un narrador omnisciente, que de este género solo hay Uno. Pero estar aquí, desligado ya de la materia, te proporciona algunas ventajas. Otra cosa es que yo sepa aprovecharlas. Será la experiencia, como siempre, quien nos ayude a distinguir «las voces de los ecos».

3

Pablo Moradas camina ajeno a lo que pasa a su alrededor, absorto en sus pensamientos: «Si pudiera me olvidaba de todo y mañana mismo buscaba cualquier otro trabajo, si lo hay... Quizá, mejor volver al campo, cultivar la tierra, pastorear ovejas..., como mis antepasados, de rabadán. Fuera tonterías: lo primero que tengo que hacer es imprimir el informe y después presentarlo bien. La reunión va a resultar laboriosa. Hasta ahora solo he tenido gastos y ni siquiera es seguro que cobre. Nervioso a estas alturas, después de tantos años. No quiero pensar en las veces que un desplante me ha hecho quedar mal. Esta es tu vida, arquitecto: al final tienes que bailar con la música que te pongan».

«Tengo que demostrar quién soy, en la reunión —se dice, ahora—. Que aprecien el trabajo. He hecho un buen análisis del problema y tengo la solución para salvar el edificio. Lamentablemente, como tantas veces ocurre en la vida, se requiere justo lo que no hay: tiempo y dinero. ¡Qué pena!, “una casa es una conciencia”. Su espacio alberga la vida y nuestros sueños. Por un lado, estará don José, el presidente de la comunidad, quien, como es lógico, querrá mantener en pie su casa; pero no sé cuál será su reacción cuando le describa el estado real del edificio. Las termitas han dejado la estructura como el hojaldre; si no se toman medidas urgentes, puede ocurrir una desgracia. De momento hay que apuntalar toda la casa, lo que supone gastos e incomodidades para los propietarios. La mayoría es gente mayor que sobrevive con una exigua pensión. Por otro lado, tendré que vérmelas con el técnico municipal; con ellos

nunca sé el terreno que piso. Con frecuencia pasan de la corrupción a la paranoia. Pena de país, a menudo en manos de burócratas ineficaces y políticos desaprensivos».

Muchas veces lo comprobamos los dos: el oficio de preparar un hábitat digno del hombre obstaculizado por mentes estrechas e interesadas.

«Afortunadamente —sigue pensando Pablo— con Josélu, el constructor, sé a qué atenerme. “Fíjate en estas magníficas filigranas de yesería del XVIII, sería interesante ponerlas en valor; anda, haz unos planos”, me dijo al visitar el edificio; y yo le hice caso. Los planos y el informe me han tenido una semana fuera de circulación; tiempo de sobra para que Josélu preparase sus tejemanajes. Al menos salvé el informe. Menos mal que se me ocurrió hacer una copia, a las cuatro de la madrugada. ¿Quién me habrá contagiado ese virus?

Tendré que avisar al informático. Lo último que apareció en la pantalla fueron unos extraños signos en árabe. Los hackers cada vez se hacen más los interesantes. Confío que esto le dé una pista al informático y me arregle los ordenadores cuanto antes».

Pobre amigo mío: le encuentro abrumado, doblegado por la vida, por los codazos, a derecha e izquierda, de quienes le rebasan persiguiendo una posición que él nunca vislumbra ni intenta, ni, por tanto, alcanza. Pero ¿dónde han quedado sus sueños, su ideal de vida poética, esencial, que tan fuerte le hacían? Visto lo visto, no sé si alegrarme de estar en el otro mundo.

Así, torturado por sí mismo, Pablo llega a la copistería. Después de unos minutos que le parecen horas, la encargada —una joven, vieja conocida— le entrega su trabajo encuadernado en gusanillo mientras le riñe, harta, pero con cariño:

—Desde luego, Pablo, siempre haces lo mismo. Te lo tengo dicho, no me vengas con estas prisas. Lo hemos impreso de milagro; hoy todos los aparatos parecen enloquecidos. Te lo repito: que sea la última vez. Y el próximo me lo envías por correo electrónico y con dos días de antelación.

Pablo se calla, recoge las cinco copias, a la vez que contesta al móvil. Es Josélu, el constructor.

—¡Pero, bueno! Siempre igual, nunca puedo tomarme un café tranquilo contigo antes de una reunión. Te estamos esperando don José y yo en la plaza Mayor. ¿Por dónde andas?

—Luchando contra los medios. Toda la noche trabajando en el informe y en el último momento se me estropea el maldito ordenador.

—Eso que lo hagan otros, y tú nada de máquinas, que para eso eres todo un señor arquitecto de los de antes. Además, ¿qué falta hace un informe? De sobra sabemos que la casa es un queso de gruyere.

—Tú lo has dicho, por eso es necesario que deje de ser pasto de...

—Date prisa, a ver si encima se nos va el arquitecto municipal y perdemos otra semana.

En este momento se interrumpe la comunicación y en la pantalla de su móvil aparece un mensaje en árabe. Sin querer pensar en ello, Pablo guarda el teléfono, indignado con su interlocutor, Josélu, ese personaje hecho a sí mismo, que se desenvuelve en esta sociedad como pez en el agua. Ilustrado, buen conversador, agresivo solo cuando y con quien puede, pero la mayoría de las veces amable y bromista.

Pablo le teme, pero son amigos; algún día incluso, pasados de copas, han llorado juntos recordando a sus difuntos padres. Josélu que, con argumentos muy científicos, no cree en el más allá, confía, con desenfadada incoherencia, que su progenitor le ayuda desde arriba. Tiene razón. Para eso estamos. Si no, ¿por qué estaría yo ahora, perdiendo tiempo de la eternidad, contando esta increíble historia?

Pablo camina agobiado por las prisas, el cansancio y las preocupaciones. Una señora se cuela por la puerta opuesta del taxi que él ha parado. Resignado, decide ir andando hasta la plaza Mayor. No quiere arriesgarse con el metro: está anunciada una huelga de transportes, una más. Ha perdido el mechero y pide fuego a dos fumadoras que pegan la hebra en la puerta del intercambiador de la Moncloa. «Hijo, pide con más alegría», le dice una de ellas mientras le enciende el pitillo. Él sonríe agradecido y se da media vuelta; entonces, parado en el paso de cebra, mientras aspira una profunda calada, observa desolado el espectáculo urbano: una marabunta de gente, estresada por la prisa, se precipita sobre la calzada para llegar puntual al trabajo; otros, abúlicos, andan como sombras esparcidas por el caótico espacio, y en el centro de la calle de la Princesa unos manifestantes agitan sus pancartas, gritan y pitan parando el tráfico. «Esto se hunde», piensa con su proverbial pesimismo.

Al levantar la vista divisa seis tanques apostados en la explanada del edificio de la jefatura mayor del Ejército del Aire. Le sorprende que los vehículos hayan aplastado los arbolillos allí plantados, cuyas ramas destrozadas asoman con languidez por debajo de las pesadas carrocerías. Estas siniestras siluetas ocultan tras de sí la muestra del caza C-101, Mirlo, allí expuesta desde hace unos años. Un extraño escalofrío le recorre el cuerpo. Decide no pasar por delante de los amenazantes blindados y tomar la ruta alternativa del paseo de Moret. No quiere que a sus actuales preocupaciones

se añadan más impresiones negativas e intenta olvidar la inhabitual presencia de carros de combate en medio de la ciudad.

Cada vez más preocupado, va por la calle como un autómatas, un hombre de palo que recorre mecánicamente su camino. Ha entrado en uno de esos éxtasis de los que únicamente es capaz de sacarle Diana, su mujer: «A ti lo que te pasa es que solo piensas en tus cosas: en la arquitectura y en la obsesiva pretensión de encontrar la belleza, ¡como si fueses a descubrir la pólvora!» Pablo y Diana: no es cosa mía, pero me temo que ya no exista entre ellos esa armonía que yo tanto admiraba.

Solitario entre la gente, pasa de un pensamiento a otro: «He de procurar ser claro, conciso, objetivo, y no manifestar mis preferencias; soy un profesional, no un defensor de causas perdidas, que sean ellos los que decidan y después que me paguen. ¡No!, no puedo actuar de esa manera, tengo que salvar el edificio, “si se calla el cantor muere la rosa”. Empezaré por describir el problema: la estructura de madera, seriamente dañada por las termitas, apenas manifiesta signos externos de deterioro en el paramento, pues esas fieras destruyen el material dejando intacta una fina película exterior. Solo la mirada de un experto advertiría que el alma del muro está deshecha. Afortunadamente, en mi opinión, hemos llegado a tiempo; podemos acabar con la plaga y salvar el edificio. Para eso hay que tener en cuenta, por un lado, que el termitero es muy difícil de localizar y, por tanto, de destruir; por otro, si lo combatimos con un simple biocida, no morirían todas las termitas».

Yo también, en vida mortal, me vi enfrentado a ese tipo de problema. Para exterminar las termitas hay que comprender sus características específicas. La termita es un xilófago social y eficientemente organizado; una colonia está compuesta por individuos de distintas castas que tienen asignadas funciones exclusivas y diferenciadas; pero se nutren de la misma fuente mediante la llamada trofalaxia, que como la misma palabra indica, consiste en transferir el alimento boca a boca. En eso coinciden con la manera de actuar de los lobbies político-financieros. Pero a diferencia de

los hombres, las termitas siguen las inexorables leyes marcadas por su naturaleza. La solución más eficaz es el cebo antiqitínico. Se trata de impregnar celulosa, su alimento favorito, con benzoilurea. Las obreras lo llevarán al termitero y, beso a beso, todas las castas comerán del cebo; cuando quieran mudar de camisa no podrán segregar la quitina, y en unos seis meses se acabaron las termitas. Como siempre, hay que atajar el mal a conciencia y en origen. Entretanto, se apuntala y se asegura la construcción y, después, con mucho cuidado, se van curando las heridas del edificio. Pablo fue en este trabajo mucho más experto que yo.

«Por desgracia me imagino la contestación de Josélu —piensa Pablo—. “¿Y si a estas termitas no les gusta tu cebo? ¿Si mientras tanto se cae el edificio? Sobre todo, hay que pensar en los vecinos: evitarles la angustia de la duda, las incomodidades de los apeos, de las obras... Y, por si fuera poco, supón que tengamos que desalojar el edificio. Entonces, ¿quién pagará los alquileres? Tú, Pablo, ¿o ellos con las míseras pensiones que les da el Estado?”. Josélu expondrá su calculado proyecto más o menos en estos términos: “No podemos correr ningún riesgo; lamentablemente, por la seguridad de todos, es necesario derribar el edificio. Yo me comprometo a negociar la compra del solar e incluso a contemplar una fórmula de aportación, de manera que se garantice a los vecinos que lo deseen uno de los modernos y confortables apartamentos que en el futuro construyamos”. En ese momento mirará al arquitecto municipal y si mi colega funcionario acepta el envite, cuando salga de la reunión seré un arquitecto cadáver».

Las dudas de mi amigo son reales. No sería la primera vez que esto ocurre; es más, durante mucho tiempo ha sido lo habitual: el lucro, antes que nada.

«Con algún subterfugio —continúa pensando Pablo— terminarán encargando el proyecto del nuevo edificio a ese arquitecto que Josélu me presentó la semana pasada como “joven promesa y amigo del municipal”. Es profesor de una escuela de arquitectura de reciente creación, pero bien implantada, porque “¡nueve siglos

de historia la contemplan!”, me dijo alardeando de erudición. Es verdad, nueve siglos tiene la universidad a la que pertenece esta nueva escuela, la cuarta más antigua de Europa. Y yo me pregunto qué formación se da en nuestras históricas universidades cuando un recién titulado se atreve a informar, con toda seguridad, que Agustín de Hipona nació el siglo pasado en un pueblo de Málaga, confundiendo Hipona con Estepona. Joven promesa, si tú supieras! Naturalmente no tiene por qué saber que esa escuela de la que es profesor la ideé con quienes creía que eran mis amigos —aunque alguno resultó ser un trepador solitario e insolidario—; redacté íntegro el ideario que ahora reza en el documento de su aprobación oficial y, sobre todo, pasé tres largos años de mi vida soñando con formar buenos arquitectos que prestaran el mejor servicio a esta sociedad tan necesitada de ellos. Pero él nada sabe y yo no quiero recordar más. Ahora debo impedir, con todos los medios a mi alcance, que derriben este otro edificio irremplazable, realizado con la sabiduría acumulada de siglos, bello ejemplo de una vida más humana. Si consiguen exterminar el pasado, ¿qué nos queda? La triste mueca del sinsentido, el chiste grotesco y la ocurrencia banal, expresiones inequívocas del errático y enloquecido mundo en que vivimos. El edificio amenazado..., las termitas..., la crisis..., la decadencia... Todo parece anunciar una catástrofe».

Pablo entra en la calle Mayor y, frente al ya legendario y superviviente restaurante Ciriaco, recuerda el intento de regicidio que allí tuvo lugar: veintitrés muertos y cien heridos ocasionó el atentado contra la vida de Alfonso XIII. «Como siempre que no interesa la verdad, se encontraron pocos culpables —se dice—. Y años más tarde, el rey, con la lucidez dinástica característica, renunció a sus ‘regias prerrogativas’ para evitar más víctimas, y esta vez fueron de casi un millón».

Sí; Pablo es rabiosamente republicano y su crítica a la monarquía puede resultar cansina. Pero yo, desde aquí, doy tan poca importancia a lo que no lo tiene, que no me importa relatar sus excesos.

Más adelante, para esquivar los coches que atestan la calzada, Pablo decide atravesar la plaza de la Villa, siempre llena de vida: viajeros, funcionarios y soñadores que circulan o se paran para observar. De repente, estando Pablo ensimismado en la Torre de los Lujanes —más de cinco siglos de tranquila belleza—, cinco camionetas repletas de militares con uniforme de camuflaje ocupan la plaza. A punto están de atropellar a algunos peatones. Un oficial da órdenes en un idioma extranjero; los soldados forman fila y acto seguido, precedidos de los mandos, entran en la Casa de la Villa. Dos de ellos, en postura estatuaria, se quedan montando guardia en la puerta. Llega una sexta camioneta con la sirena encendida. Descienden de ella tropas con el uniforme español. Sin mediar más palabras ordenan desalojar la plaza. Un señor de avanzada edad se enfrenta a ellos: «¡no hay derecho a que nos dispersen!».

Un turista intenta inmortalizar el evento con su cámara, pero inmediatamente un soldado se la arranca de las manos. Un grupo de jóvenes se enfrentan a los soldados gritando: «¿qué, nos vais a matar?». En ese momento uno de los soldados apostado en la puerta lanza una ráfaga de disparos al aire y se produce la estampida de los viajeros, funcionarios y peatones que hasta hace un instante disfrutaban en paz de la mañana. Pablo, atónito, observa cómo un grupo de soldados se dirige a disolver a unos manifestantes que, en la esquina con la calle Mayor, zarandean a un militar que ha caído en sus manos. Decide variar el rumbo y abandona la plaza por la calle del Codo.

A pocos pasos de este incidente, la ciudad está tranquila. «Qué extraño, ni siquiera se han oído los disparos. El mundo está enloquecido. Y llevamos así seis años». Sigue su camino por la calle de la Pasa, atraviesa la plaza del Conde de Barajas y el callejón del Maestro Villa para al final entrar en la plaza Mayor.

En cualquier día del año, a cualquier hora del día, no hay un lugar mejor para encontrarse o reencontrarse. Pero este lugar, en origen llamado plaza del Arrabal, encierra un grave peligro: no desear salir de él, querer permanecer en este pequeño, acogedor y bello mundo encuadrado, como el microcosmos de un ti vivo, por fascinantes soportales. Es un gozo entrar por cualquiera de sus nueve puertas, ascender, acompañando a Pablo, por el arco de Cuchilleros. Pasamos del claroscuro de ese pasaje al deslumbrante recinto interior. Seguro que encontraremos a algún amigo. ¿Qué digo?, aquí todos son amigos: amigo transeúnte, amigo mimo, amigo hombre estatua, amigo ocioso, amigo poeta, amigo pintor... Y amigo camarero: “¿qué va a tomar el señor?”. ¡Cuidado con lo que pides, republicano! Felipe III te observa, erguido en su caballo: una magnífica estatua del siglo XVII, obra de Juan de Bolonia y Pedro Tecca. Pero Pablo se embriaga con la mirada al contemplar el hermoso juego de las luces y las sombras. La belleza se le presenta como un anhelo suscitado por la conciencia: la memoria de una acción nunca plenamente agotada, pues la belleza es también movimiento.

Podemos decir que la experiencia de la belleza es un duelo y un lance amoroso simultáneo, no un simple galanteo. En este lance está comprometido el ser entero, presupone una auto donación sin condiciones. Sin este sacrificio, consumado o en proceso, no hay verdadera belleza. Pero quizá Pablo hoy no tiene tiempo para más cavilaciones y prosigue su camino, cada vez más preocupado.

6

Pablo ha llegado a la entrada de los servicios municipales, situados en la antigua Casa de la Panadería; una policía le avisa:

—Por favor, deje aquí todos los objetos metálicos. Permítame que le pase el detector, no funciona el escáner.

Ensimismado, piensa que Josélu y el arquitecto municipal lo van a liar y empieza a dolerle la cabeza.

—Por favor...

Al segundo aviso vuelve en sí, se desprende de todos los utensilios que lleva colgados del cuello y vacía los bolsillos. Allí está la nota que le escribió esta mañana su hija Myriam, de siete años. La desdobra y empieza a leer: «Papá no te impacientes, porque si lo haces sin impacientarte y además lo haces con cuidado, te saldrán las cosas mejor, y si te salen mal, qué le vamos a hacer, ya te saldrán mejor otro día. Firma Myriam para Papá».

A Pablo le cambia el ánimo al recordar a su hija. La verdad está de su lado, lo demás qué importa. Sonríe amablemente a la funcionaria, que un tanto impaciente le pide el DNI.

—Dese prisa, hay gente esperando, hoy no funcionan los ordenadores.

Josélu, el constructor, y don José, el presidente de la comunidad de propietarios, le esperan al otro lado del mostrador.

—¡Por fin ha llegado nuestro hombre!: *Never too late to do well* —dice Josélu, con su inglés de receta.

—¿Has traído todo? —le pregunta don José, sonriendo.

Pablo, dando muestras de su acusada versatilidad de ánimo, vuelve a ser dueño de sí mismo: el arquitecto amable y competente que lleva consigo todo cuanto necesita.

Josélu les conduce resuelto hacia el despacho del arquitecto municipal. Este, contra todo pronóstico, se encuentra de pie en el centro de la estancia y no sentado delante de su ordenador o hablando por teléfono como es lo habitual. Encima de su mesa, entre fajos de papel y proyectos medio encarpetados, asoma un grafismo árabe en el centro del monitor.

—Sintiéndolo mucho, en este momento no puedo atenderos —dice el técnico municipal visiblemente nervioso—; se ha caído la red y no tengo acceso al sistema. Dejad que me organice. Tomaos algo y venid dentro de una hora, a ver si conseguimos que esto se arregle.

—¿Qué falta hacen esos aparatos para resolver lo nuestro? —interfiere Josélu malhumorado—. El asunto es urgente.

—Lo sé, pero precisamente lo urgente es aquello que debe ser tratado con más esmero, teniendo delante la información urbanística pertinente.

—En mi opinión, no necesitamos más datos que los que traigo en este informe —dice Pablo—; con ellos y una inspección municipal se puede plantear un requerimiento de reparación que nos permita iniciar las obras de rehabilitación.

—El problema, según tengo entendido, es muy serio —dice el funcionario—; el edificio amenaza ruina por una plaga de termitas. Estas circunstancias conciernen directamente al ayuntamiento; es la Administración quien debe tomar cartas en el asunto. Quería también, aprovechar la visita de la propiedad para indicarle los parámetros de reposición de la edificabilidad que pueden ser de su interés. Pero no he podido hacer nada en toda la mañana debido a los fallos del sistema. De todas maneras, ahora, para iniciar un procedimiento, tenemos que atenernos al nuevo protocolo de tramitación de expedientes.

—Es decir, más cambios y más papeles —dice Josélu.

—Efectivamente, este documento sustituye a la OMTLA y a la OGILA del año pasado en un compendio definitivo, del que tengo

este borrador, y que entrará en vigor el mes que viene, por lo que es más que recomendable leerlo con atención y atenernos a sus determinaciones.

—Tú no tienes ese libro —le reprocha Josélu a Pablo.

—No, no tengo ese libro que aún no existe y que ya es de obligado cumplimiento

—Paciencia —zanja el técnico, cruzando la mirada con Josélu—; todo lo trataremos con la precisión que el asunto merece para que el procedimiento, técnica y jurídicamente, resulte impecable. Lo dicho, tomaos algo y os atenderé a más tardar en una hora.

«Una hora, no, necesito más tiempo para recomponer la situación» —piensa Pablo, al que no se le ha escapado la mirada de complicidad entre el técnico y Josélu.

—Este edificio tiene al menos doscientos años —tercia don José, que parece leerle el pensamiento—. Y, en mi opinión, a no ser que alguien me convenza de lo contrario, puede esperar una hora y también una semana; porque, si he entendido bien, lo que acaba de decir presupone incoar un expediente de ruina para derribar nuestra casa y, si es así, debo informar a la comunidad de propietarios.

—Tú, Pablo, ¿eres capaz de asegurarnos que no va a ocurrir una desgracia durante esta semana? —pregunta Josélu impaciente (y me imagino que está temiendo que el tema se le escape de las manos).

—Ya quisiera yo poder prever el futuro de la construcción, teniendo además en cuenta que todavía nadie me ha realizado el encargo facultativo —contesta Pablo.

—No te vayas por las ramas, de sobra sabes que la madera del edificio está podrida y es un milagro que se tenga en pie —dice Josélu, casi gritando.

—El edificio entero es un milagro —le responde Pablo agitando el dedo índice—; es un acierto constructivo; toda la materia que lo compone contribuye a su estabilidad; funcionan estructuralmente ¡hasta las filigranas!

—Bueno, bueno —dice con calma don José—, yo de esto entiendo poco, pero estoy convencido de que encontraremos los medios

para que no ocurra una desgracia. Os convoco a una reunión, si no tenéis inconveniente, esta misma tarde para tratar sobre las medidas de seguridad necesarias y hacerte, Pablo, el contrato facultativo, que por bueno que sea un caballo, necesita espuelas; espuelas que en tu caso deben ser el justo encargo.

—Entonces, eso es todo —dice Pablo, intentando evitar que alguien meta baza—. Pero el arquitecto municipal, no está dispuesto a soltar la presa.

—De todas maneras, os aconsejo que aplacéis la formalización del encargo; como ya os he anunciado, el único que tiene competencia en estos casos es el ayuntamiento. Si no tenéis demasiada prisa, sería conveniente que esperaseis un rato, tomando algo tranquilamente en la plaza. Es muy probable que, en poco tiempo, como suele ocurrir, se restablezca el sistema y podamos continuar con la reunión. José Luis, te mando un WhatsApp y, si estáis cerca, nos vemos —añade.

Los tres salen del ayuntamiento discutiendo los pormenores sin darse cuenta del revuelo que hay en la plaza Mayor:

—Te pasas el día retrasando las decisiones —le dice Josélu a Pablo, a la vez que acciona su agenda electrónica—. No sé de dónde voy a sacar tiempo para asistir a la reunión de esta tarde; mejor nos tomamos un café por si acaso llama el arquitecto municipal. A estos chismes no hay quien los entienda —continúa diciendo a punto de estampar contra el pavimento su inmenso iPod Touch.

—¡Mira su pantalla!, ¿no es lo mismo que acabamos de ver en el monitor de la Concejalía de Urbanismo? —pregunta don José, mientras observa en la calle un bullicio fuera de lo normal.

—Sí, y el mismo que figura en mi teléfono y en mi ordenador. ¡Hasta las máquinas se rebelan! —exclama Pablo a punto de estampar también el taco de informes contra el pavimento, ocasión que aprovecha don José para cogerlos.

—Fijaos cómo corre la gente. ¿Sabéis si hay hoy alguna manifestación?

—Lo que nos faltaba —farfulla malhumorado Josélu.

—Esto me da muy mala espina —dice don José—. Será mejor que nos olvidemos de tomar algo y que acordemos esta tarde por teléfono la hora de la reunión; tengo que avisar a mis vecinos; conviene que estemos todos.

—Al venir he presenciado algo extraño —comenta Pablo—; ahora es el ejército quien se encarga de controlar la ciudad. Con las fuerzas armadas en la calle, me parece muy bien que evitemos vernos inmiscuidos en líos.

—*¡And hang it!* Hablamos esta tarde, no sea que en la confusión alguien me tome por un insurgente —se despide Josélu con una velada sonrisa.

—Adiós Pablo —le dice don José, que toma el mismo camino del constructor, pero con otro semblante.

